

HERALDO (A Príamo.) –Otrioneo, príncipe poderoso de Frigia, que impera sobre la ciudad de Sardes, es quien me envía a tu presencia, mientras aguarda en las puertas de Troya la respuesta a la alianza que te propone. Hijo de Otreo, cuya fuerza probaste por ti mismo, combatiéndolo en una larga guerra, quiere sellar con sacrificios una amistad perdurable. Te ofrece el poderío de su ejército, y el de las armas que por sí mismo maneja, y desea desposar una de tus hijas, cuyo nombre le fue indicado por los sacerdotes de Sardes.

PRÍAMO (Con emoción.) –Dile que las puertas que Troya mantiene cerradas para sus enemigos, siguen abiertas para quien viene con las palabras de la paz! ¡Lleva a tu Rey el saludo de Príamo y puesto que has aprendido por ti mismo el camino, tú mismo conducélo por las calles de Troya hasta mi casa! ¡Que nada te detenga! *(Sale el Herald.)*

PRÍAMO (Tras una pausa.) –Tersíloco... ¿Hay vino en las bodegas?

TERSÍLOCO –El que trajeron los tracios. Aún queda.

PRÍAMO –¡Lo daremos al pueblo mañana mismo! Porque mañana será sin duda el primer día de la paz, y quiero que todos estén alegres! ¡Quiero que se dance en el atrio del alcázar! ¡Quiero que estén todos! Quiero... *(Se interrumpe, al encontrar sus ojos la silla vacía de Casandra.)* ¿Dónde está Casandra? *(Todos guardan silencio.)* ¿Dónde está Casandra? ¡Mi hija Casandra! ¡Tersíloco!

TERSÍLOCO –No la he visto desde ayer, y aun ayer, apenas un instante.

PRÍAMO –¿Dónde?

TERSÍLOCO –En las puertas Escenas, mirando hacia el campo griego. Sin duda no me reconoció, porque aunque la llamé por su nombre, no me respondió.

LAOCONTE –¿Dices que fue ayer? ¿A qué hora del día?

TERSÍLOCO –Al crepúsculo. Pero quizá no me reconoció.

LAOCONTE –Es extraño.

PRÍAMO –¿Qué es lo extraño?

LAOCONTE –Hoy, al amanecer, cuando partimos para consultar el oráculo en el Monte Ida, vi también a Casandra...

PRÍAMO –¿Dónde la viste?

LAOCONTE –En las puertas Esceas. Miraba hacia el campo de Agamenón... y creo que no reparó en nosotros.

PRÍAMO –¡Id a buscarla a su cámara! *(Sale Tersíloco.)*

ENEAS –Es inútil. No está en su cámara. La he visto hace un momento, cuando mandé buscar a mi padre.

HÉCUBA –¿Has estado con ella?

ENEAS –No. La he visto solamente. Yo cruzaba la sala de los guardias y la he visto detenida en el pórtico...

HÉCUBA –¿Qué hacía?

ENEAS –Lloraba.

ENEAS –¡Id a buscarla! *(Sale Laoconte.)*

ENEAS –Es inútil. Al verme desapareció como si huyera.

PRÍAMO (Como para sí.) –¡Lloraba! El día en que los presagios se cumplen, el día en que Príamo puede mirar los hijos que le restan y decir "¡Éstos no han de morir!", el día que Troya se salva y el llanto de todos cesa, ¡Casandra llora!

ENEAS –Siempre llora...

PRÍAMO (Sin oírlo.) –¡Y cuando todos acuden a besar mis manos, huye! *(Pausa.)* Ha jurado una y otra vez, como si fuera su deseo más hondo, que estábamos condenados a perecer entre las llamas y bajo el bronce, ha mojado mi manto con sus lágrimas y puesto miedo, con sus palabras, en el corazón de cada uno de los que salían al combate, y ahora, ahora que todo se encamina en el rumbo opuesto de sus fatídicos anuncios... ¡llora!

HÉCUBA –¡Príamo!

PRÍAMO (Con cansancio, y, al comienzo, inexpresivo.) –Te digo que Héctor no hubiera sucumbido jamás a las armas de Aquiles... ¡Ella lo siguió hasta las puertas mismas, aferrándose a sus ropas, tomándose de su lanza, hundiéndose y ahogando en sus lágrimas y en sus palabras, el coraje indomable de mi hijo! ¡Poniendo la duda en aquel corazón que no la abrigaba! ¡Pintándole una muerte que, sin ella, no hubiera venido! ¡Y cuando Héctor se arrancó de sus brazos, y cruzó las puertas, fueron sus gritos los que lo siguieron por el campo! ¡Ah! ¡Por qué habré sido tan cobarde ese día!

HÉCUBA –¡No es la hora de pensar en eso!

PRÍAMO –¡Lo sé! Sé que es un pensamiento horroroso, pero hay horas en que no lo puedo evitar. *(Pausa.)* Pienso que fue Casandra la que mató a Héctor... ¿Has pensado, Laoconte, que las últimas palabras que Troya tuvo para mi hijo fueron, como puñales, los augurios de Casandra? ¡El adiós que Troya dio a Héctor fue esa extraviada flaqueza que se nos metía a todos en el pecho con sus presagios! ¡En todas las naves, en todo el ejército, no trajeron los griegos un arma mejor que la lengua de mi hija! ¡Ni las manos sangrientas de Aquiles, ni la fuerza de Diomedes, ni la hiena que habita el pecho sanguinario de Agamenón, han causado un daño semejante! ¡Malditos seamos todos, Laoconte! ¡Y, sobre todos, yo, que pago así el haberla querido más que a ninguna de las otras! *(Pausa breve.)* ¡Te digo que he de encerrarla en el templo, para que nunca más los

ENEAS (Altanero.) –El Dios adverso que no pudo evitar tu victoria, se venga cerrándote los ojos.

PRÍAMO –¡Cállate, Eneas!

ENEAS –Ayer mismo, cuando parecías el rey inerme de una ciudad condenada, no me dabas lástima. Hoy, en cambio no puedo condolerme de la infortunada Casandra, porque me da mayor pena su padre victorioso. *(Sale.)*

Escena III

(Entran Otrioneo y el Heraldo)

OTRIONEO –He llegado tarde *(A Príamo.)* Al cruzar las calles, he visto la alegría triunfante de tu pueblo. De haberla adivinado cuando esperaba en las puertas de Troya, desde allí me habría vuelto para Sardes, sin esperar siquiera el retorno del Heraldo. Pero no lo supe. Aquí estoy, ahora, sólo para inclinarme ante el padre del gran Héctor, y marcharme.

PRÍAMO (Tras una pausa, lentamente.) –¿A eso solamente has venido desde Sardes?

OTRIONEO –La causa que me trajo, ya no existe. Otrioneo no sella sus alianzas con los ya victoriosos.

PRÍAMO –¿Hubiera sido necesario, pues, que encontraras a Troya ardiendo y a Príamo muerto, para que fueras su amigo?

OTRIONEO –No he dicho eso. Digo sólo que cuando salí de mi casa para cruzar el Asia en treinta días de marcha, los oráculos mantenían reservada tu suerte. Venir a compartirla en tu ciudad sitiada, era todavía una empresa digna del hijo de Otreo.

PRÍAMO –Tersiloco... Conduce al huésped hasta las murallas y muéstrale el ejército todavía no derrotado de los griegos, la nave feroz de Agamenón, el espacio que ocupan en la playa sus fortificaciones. Explicale luego cómo, desde que él salió de Sardes, por cada hombre que Agamenón ha perdido, yo he perdido cuatro... *(Otro tono.)* Luego déjalo solo, para que medite...

OTRIONEO (Interesándose.) –¿Son muchos?

LAOCONTE (Desde atrás, impasible.) –Innumerables, como todos los que cuentan con el favor de los dioses.

OTRIONEO (A Príamo.) –¿Cuándo piensas atacarlos?

PRÍAMO –Nunca.

OTRIONEO (Girando la vista sobre los demás.) –Debo estar confundido. Pedí que me trajeran al alcázar y creí que estaba hablando con el Rey.

PRÍAMO –Hace más años que los que tú tienes, joven príncipe, quité a tu padre seis de las siete ciudades sobre las que reinaba. Cuatro años mantu-

ve el asedio de Sardes, la séptima, y jamás me atacó, que yo recuerde. Al quinto año, me volví a Troya, dejándosela, y por eso, tú te llamas a ti mismo, con orgullo, rey frigio.

OTRIONEO –Los ancianos de Sardes han sido confundidos, sin duda, por algún genio adverso. Porque, para decirte verdad, recuerdan enteramente otra cosa. Me han dicho que los troyanos tomaron con facilidad las seis ciudades sin amurallar de la costa...

PRÍAMO –¡Hoy son la dote de mi hija Laódice!

OTRIONEO –...Y que se quebraron los dientes contra los muros inconquistables de Sardes, no en vano edificada entre montañas. ¡Rey Príamo! ¡Agamenón está en tu playa, porque no te es posible ahogarlo en el mar! Sardes es mía porque no pudiste quebrantar la fuerza de mi padre.

OTRIONEO –Mal momento eliges, Otrioneo, para desafiarme, cuando tú mismo reconoces que los griegos me tienen ocupado. ¿Has venido nada más que a decirme lo que he oído?

OTRIONEO –He venido a proponerte una alianza, sellada con comunes sacrificios. He venido a pedirte para mis manos una parte del espacio vacío que Héctor dejó en el centro de tus tropas. Y deseo además desposar entre tus hijas, aquélla cuyo nombre me indicaron los sacerdotes de Sardes, al partir.

PRÍAMO (Con emoción.) –¡Que los dioses te bendigan, príncipe, como yo te bendigo! Con mi hija Laódice, cuya dote son las seis ciudades que fueron de tu padre, reconstruirás su imperio. Tus hijos y los de Laódice reinarán sobre él, y en ellos tendrá un aliado eterno el niño, hijo de Héctor, que ocupará mi sitio! Laoconte.

OTRIONEO (Con sequedad) –Laódice no es el nombre que señalaron los Sacerdotes, en Sardes.

PRÍAMO –¡De Laódice son las seis ciudades!

OTRIONEO (Frío.) –Los sacerdotes de Sardes ignoran el arte de contar. Saben sólo repetir con fidelidad el oráculo que los dioses dictan.

PRÍAMO (Tras breve pausa.) –¿Y cuál es el nombre?

OTRIONEO –Casandra. *(Largo silencio.)*

PRÍAMO (Con voz sorda.) –Casandra no tiene dote. Tiene precio.

OTRIONEO (Impacientándose.) –El rey de Sardes también ignora el arte de los números. En Sardes es un arte reservado para los que lavan, al amanecer, el lugar donde duermen los caballos.

PRÍAMO –No es eso. *(Pausa.)* Cuando tenía diez años abandonaba sus juegos para seguir a su padre, con sus grandes ojos. El día en que trajeron a Troya, encadenados, a los reyes de Ictrea, echó su muñeca al fuego del

templo, para que Juno no me dejara condenarlos a muerte... Yo dije entonces que Troya misma sería su dote. (Pausa breve.) Casandra... Era la más hermosa de las vírgenes, y cuando inclinaba su pequeña cara, muy seria, en los sacrificios, me pregunté más de una vez, temeroso, si su belleza no tentaría los deseos del mismo dios Apolo. (Cambio de tono.) Cuando Agamenón desembarcó en la playa, degollando a cuantos teucros encontró a bordo de las frágiles naves pesqueras, juré ante los penates que aquel que lo matase, troyano o extranjero, tendría a Casandra mismísima como premio. Esto lo juré ante los penates sagrados, antes de quemar el cuerpo decapitado del único pescador que rescatamos. (Pausa.) Después, la noche de las exequias de Héctor, cuando en medio del silencio espantoso del pueblo, Andrómaca, su viuda, me acercó a la pira, y el resplandor movedizo de las llamas iluminó su rostro helado, y el del hijo que llevaba en brazos, volví a jurar ante los penates sagrados. Juré que si algún día Troya se libraba de sus calamidades, la ciudad entera y todo lo que en ella estuviese, serían para aquel niño, único hijo de mi hijo Héctor... (La emoción lo interrumpe. Luego, con voz alterada.) Ya ves, príncipe: un juramento sella el precio desmesurado de mi hija. Otro juramento, la desposeyó... Todo eso, antes de que se volviera loca. OTRIONELO (Espantado.) -¿Loca?! (Mirando a todos.) ¿Casandra está loca?! PRÍAMO -Mañana habrás de verla y decidirás. Hoy eres el huésped fatigado de Príamo, y Príamo mismo ha de conducirte... (Otrioneo, sin oírlo, sale rápidamente. Al cabo de un momento, Príamo sale también.)

Escena IV

(Hecuba, Tersíloco y Paris. Luego de una pausa, Paris rompe a reír.)

PARIS -¿En general!... He aquí el general que nos traerá la victoria anunciada por un ave carnífera. Cualquiera hubiese pensado en un general igualmente carnífera, digno del ave. ¿No crees, madre, que para tal general hubiera bastado con que el presagio lo transmitiese un ruiseñor? ¿Realmente, muero de admiración por el bueno de mi abuelo Dárdano!

HÉCUBA -Al cual por lo que oigo, no estimaba antes.

PARIS -¿Yo estaba equivocado! El abuelo ha demostrado hoy un poder de que quizás hasta los dioses carecen. Ha mostrado cómo cambiar el terror de todo un pueblo en una alegría profunda. Y para ello le ha bastado... un ave que se posa en una torre! ¿Con ello, ha conseguido el milagro de que Troya entera se pusiese a danzar de felicidad!

TERSÍLOCO (Con indignación.) -¿No crees en el presagio?

HÉCUBA -No creo en nada.

PARIS -Creo en Agamenón que degolló su propia hija. Recuerdas al hijo pequeño de Piteo? El pequeñito... Tú misma le habías puesto por sobrenombre "Pequeño Príamo"... (Con voz inexpresiva.) Agamenón lo encontró demasiado diminuto para ser esclavo de un rey tan grande, y nos lo devolvió esta mañana. Te aconsejo echar una mirada sobre su cadáver sin orejas ni partes genitales. Los troyanos en su alegría, se han olvidado del pobre Pequeño Príamo, que yace en mitad del mercado. Me gustaría saber la actual opinión de Pequeño Príamo sobre las águilas blancas que se posan en los alcázares...

HÉCUBA -¡Basta Paris!

TERSÍLOCO -¿Dirías que pretendes atraer nuevamente la calamidad!

PARIS (Con inocencia fingida.) -¿Nuevamente? Pero se había ido? ¿La calamidad no era mi cuñado Agamenón? A lo que sé, para estar no precisa volver, porque no ha pensado en marcharse. No creo las locuras de Casandra, que debo reconocer que es la única persona de Troya con sensatez. (Pausa.) Me gusta mi hermana Casandra! Con su cara triste, sus seños pequeños y duros que a veces, cuando llora, olvidaba cubrir enteramente...

HÉCUBA -¡Paris!

PARIS (Con inocencia fingida.) -¿El águila de Dárdano ha prohibido que me gusten los pechos de Casandra?

TERSÍLOCO -¿Es tu hermana!

PARIS -Eso lo sabe sólo mi cabeza, pero lo ignora lo demás de mi cuerpo. La deseo...

HÉCUBA -¿Cállate!

PARIS -Aunque claro está que de modo distinto a las otras. Lo distinto no proviene de que sea mi hermana, sino de que es virgen distinta a todas las vírgenes.

HÉCUBA -¿En qué?

PARIS -Pues... primero en que es virgen de verdad, que ya es mucho, después en la forma del animal del deseo.

TERSÍLOCO -Con ocho hijos, por primera vez conozco que el deseo sea un animal con forma...

PARIS -Y con forma diferente para cada mujer. Eso es, cuando menos, lo que de mí sé. Entre yo y las mujeres, siempre se pone el deseo, como un animal. Un animal que a veces duerme y a veces se despierta. La primera vez que escuché la voz de la Reina Helena, el animal del deseo se despertó silbando, y pude ver que era una gran serpiente. Una serpiente cálida, delgada, llena de anillos, cuya presencia despertaba en mí centenares de

pequeñas serpientes y el deseo de ser yo también una gran serpiente que rodeara a la serpiente Helena. Ésa era la forma que el animal del deseo tenía en el palacio de Menelao de Esparta, aquella noche cuando abrió la boca y habló su dulce mujer, Helena.

HÉCUBA –En cada una de tus palabras, pones un género nuevo de crueldad.

PARIS –Sí, y de verdad. Siempre hay el animal del deseo. Sólo lo mata... la saciedad. Y a veces las arrugas. Por supuesto que no siempre es una serpiente. Sólo con Helena era una serpiente. Por lo general se parece a un elefante. Abruma, pesa sobre uno de tal manera que no es posible ni pensar siquiera, porque él cubre todo el cielo. Otras veces es como una araña, como un tigre y a veces, muy pocas, como un niño llorón.

TERSTOCO –Lo que quería saber es qué forma tiene el animal del deseo que duerme acostado entre Paris y su hermana Casandra.

PARIS –En primer lugar no duerme nunca. Desde que vi la primera vez a mi hermana, cuando apenas si tenía trece años, al volver de los tracios, ya estaba el animal ahí, entre ella y yo. Tiene forma de pájaro el animal del deseo que se siente por Casandra.

TERSTOCO –¿De pájaro?

PARIS –Sí, de pájaro. No oprime, como el elefante ni es tirante, como el tigre. Es un deseo donde hay aire y alas. Un deseo siempre de perfil, tras del cual uno siente la tentación de levantarse en busca de algo que no se puede describir, como el vuelo mismo. Tiene alas y pico el deseo que siento por mi hermana Casandra.

HÉCUBA –Entonces no es grave.

PARIS –No. Solamente que cuando Casandra desaparece de mi vista, con su largo talle, sus seños pequeños, sus piernas como flechas, el maldito pájaro no se va con ella.

TERSTOCO –¿A dónde vuela?

PARIS –No vuela. Pliega las alas, se posa en mi hombro, y se viene conmigo. *(Salen.)*

Escena V

(Entran Otrioneo y el Heraldo)

HERALDO –Me dije: ¿Esto es el imperio de Príamo? ¿Ésta es la fuerza que ha mantenido atemorizada el Asia? Y no podría creer que esas caras famélicas, esos soldados con la desesperanza en los ojos, fueran los mismos que derrotaron a tu padre.

OTRIONE –¡Cállate ya!

HERALDO –Hablaba sólo por complacer tus órdenes, pero puesto que ahora me mandas callar...

OTRIONE –Cállate y vete. Quiero estar solo... ¡Loca!

(Sale el Heraldo. Otrioneo se sienta y apoya la cabeza en las manos. Por el fondo, aparece Casandra. Mira a Otrioneo que no repara en ella. Luego se mueve lentamente por la escena observándolo. Cuando comienza a hablar, alejada de él sin mirarlo, lo hace con lentitud, con la voz ensoñativa de quien evoca un recuerdo.)

CASANDRA –Hay una piedra. Es una piedra blanca, grande. El camino comienza a subir a partir de ella y se interrumpe un trecho más allá. Hay... *(Vacila.)* hay un árbol. Sí, es un olmo. Un olmo alto. *(Pausa breve.)* Junto a él está otro olmo, desgajado, caído en mitad del camino.

OTRIONE *(Que ha levantado la cabeza, extrañado.)* –¿Un olmo caído?

CASANDRA –Sí. Hay que salir del camino y andar un trecho por las piedras que forman su orilla. Luego no vale la pena volver ya a la senda, porque la casa está ahí, casi. Es una casa vieja y grande ¿verdad? Muy blanca.

OTRIONE *(Con profunda sorpresa.)* –¿Pero cómo lo sabes?

CASANDRA *(Sin contestarle.)* –Una casa muy blanca... desde cuyo pórtico a través de los árboles enormes, se divisa el valle, se divisan las techumbres rojizas de Sardes y, allá muy lejos, el mar azul... *(Transición.)* ¿Es verdad?

OTRIONE –¿Pero quién eres tú? ¿cómo lo sabes?

CASANDRA –¡Contéstame! ¿Es verdad?

OTRIONE –Sí. Es verdad, pero...

CASANDRA *(Haciéndolo callar con un gesto.)* Es hermosa Timene y te quiere. Tiene unos ojos azules muy grandes y nadie en Frigia sabe que ha sido tuya. Sólo los árboles enormes... junto al acantilado... con el cielo detrás, y el mar muy lejos...

OTRIONE –¡Pero tú has visto todo eso! Tú...

CASANDRA –Sí. Lo he visto.

OTRIONE –¡Tú has estado en Frigia!

CASANDRA –No.

OTRIONE –¿Dices que no has estado? Yo mismo no te llevo ninguna ventaja...

CASANDRA –¡Oh sí! ¡Una enorme ventaja! Tú has visto nada más que lo que he dicho hace un momento. Pero hay más...

OTRIONE *(Extrañado.)* –¿Más?

CASANDRA *(Con un ademán para que él calle.)* –¡Escucha! *(Pausa. Enseguida casi en voz baja.)* El porquerizo llega cansado, como cada noche. ¡El por-

Querizo... tu lo conoces! Alguna vez has esperado entre los arboles a que cayera dormido... Se acuesta junto al fuego y se duerme. Está su talego junto al fuego, y el fuego prende en él. ¿Recuerdas la techumbre baja, de paja? Toma el fuego y el fuego vuela. ¿Es como una tez enorme en la cúspide del acantilado, que espanta a los pastores lejanos! Arde la casa y el eco recoge los gritos de terror. (Con otra voz.) El porquerizo consigue vivir. Sólo el porquerizo... ¡Pobre Timene!

OTRIONEIO –Timene ¡Ha muerto!

CASANDRA –No. Vive y te espera... (Transición.) eres tú no ella quien se apresura en caminar hacia la muerte. ¡Tú, que vienes a agregarle tu cadáver a Troya, como si Troya precisara más de los que se tiene!

OTRIONEIO (Mirándola fijamente.) –Sin duda eres la vestal de un bien poderoso Dios, cuando así taladras la distancia con tus ojos. ¡Timene!

CASANDRA (Con intensa emoción.) –¡Príncipe, vuela hacia las lágrimas con que te nombra! ¡Comienza a desandar esta noche misma el camino que te escucha, príncipe: hay aún muchos días azules esperándote entre los árboles! Muchos días en que el mar a los pies del acantilado, se tenderá como el corazón de Timene, esperándote. ¡Príncipe! ¡No añadas un espectro más a las visiones espantosas de mis noches!

OTRIONEIO (Gritando.) –¿Quién eres?

CASANDRA –Tanto da.

OTRIONEIO –¿Quién es tu padre?

CASANDRA –Príamo, a quien todos miran cubierto de púrpura, y yo veo vestido de sangre.

OTRIONEIO –¿Príamo?... (Reconociéndola y con un grito.) ¡Casandra!

CASANDRA –¡Dí mejor, la maldecida de un Dios!

OTRIONEIO –¡Casandra!

CASANDRA –Fui, en el tiempo en que mis palabras tenían eco.

OTRIONEIO –¡Casandra! ¡El precio incomparable de Troya que vale más que Troya! ¡La que he venido a buscar! ¡Y que dices que me vuelva, yo que vine sin verte, ahora que te he visto! (Intenta tocarla.)

CASANDRA (Retrocediendo y como en trance) –¡No me toques! Espántate, príncipe. ¡Soy Casandra! ¡Casandra! ¡La que está llena de muerte y de cadáveres y de gritos resonando en mi cabeza! ¡Y de sangre! ¡Y de llamas!

(Lo arrastra hacia el fondo y le señala Troya.) Esas llamas, al lado de las cuales las que consumirán a tu pobre Timene, no parecen mayores que una pequeña antorcha! ¡Las llamas que arrasarán las techumbre de Troya, sus altos pórticos, sus murallas enteras! ¡Las que secarán con su fuego la lluvia de nuestra sangre! ¡Las que secarán con su fuego la lluvia de nuestra sangre! ¡Las que quemarán nuestros gritos! ¡Y mi padre!

(Se quebra.) ¡Mi padre, aquí en mis ojos noche y día, traspasado por una lanza!

OTRIONEIO –¿La de quién?

CASANDRA –¿La de quién? ¡La de Pirro, y a mi hermano Argitreo lo matará la lanza de Diomedes! ¡Y a mi hermano Paris, la de Ajax Telamonio! ¡Y mi hermano Deifobo, ultrajado, con las orejas y la nariz cortadas, mutilado, insepulto! ¡Y mi sobrino Astianac, el hijo sagrado de Héctor, despeñado por la furia de Ulises, desde el pináculo de la muralla! (Rompe a llorar.)

OTRIONEIO (Tras una pausa.) –¿Y tú?

CASANDRA (Con voz sin color) –Yo seré del que venga detrás de todos pisando vencedor los restos del bronce retorcido por el fango, las negras maderas humeantes, la sangre manando de los suelos. Yo...

OTRIONEIO –Tú serás mía, porque tu padre juró darte al matador de Agamenón.

CASANDRA –Agamenón no morirá a manos de hombre alguno. Morirá muerto por una mano de mujer...

OTRIONEIO –Morirá muerto por estas manos! (Aparece por la izquierda, Tersíloco.) ¡Príamo! Condúceme a presencia de Príamo! (Salen.)

Escena VI

(Casandra. Entra por la derecha Creusa. Mira largamente a Casandra sin que ésta repare en ella. Luego Casandra la mira y permanecen así un instante.)

CASANDRA (Con un dejo de ternura.) –Creusa, mujer del bondadoso Eneas, madre del niño Julio...

CREUSA (Con dulzura.) –Casandra, que los dioses te bendigan.

CASANDRA –¡Creusa, yo estoy maldita!

CREUSA –Si fuera así, Creusa no recorrería los atrios, como lo he hecho buscándote (Pausa.) Casandra... tú lo has dicho, soy la mujer de Eneas, la madre de Julio.

CASANDRA (Como para sí, con los ojos cerrados y mucho énfasis) –¡Eneas vivirá! ¡También Julio!... Cuando ya nada quede, serán ellos los que comenzarán muy lejos, una Troya más grata a los inmortales y a las furias.

CREUSA –¡Vivirán! (Pausa brevísima.) ¡Bendita sea tu voz y bendito sea tu presagio!

CASANDRA –Creusa... Ellos vivirán. Tú... yo... no. (Sale.)

CREUSA (Vacila en medio de la escena, se deja caer en el asiento diciendo antes de romper a llorar.) –¡Oh Dioses!

(TELÓN)